

UNA HUMEDA INVASION

No vuelva a hacerlo, señor Cortázar.

Usted, sentado frente a la máquina, tecleando con gozo cuando tiene la seguridad de que aquellas líneas ya no se le escaparán, no se da cuenta de lo que nos pueden traer a los demás. Usted mete las ideas, las palabras, las amontona, las baraja, las reparte y arma el juego de la lectura. Usted, señor Cortázar, nunca ha sabido —y por eso hoy le escribo— que sus historias han sobrepasado, o al menos sobrepasaron aquel 26 de mayo de 1968, los límites de la audiencia humana; aquel día un infinito número de diminutos peces leyeron (¡usted les dio la idea!) la página 157 de su Rayuela en la edición de Sudamericana, donde textualmente dice: «Qué maravilla estar admirando a los peces en su pecera y de golpe verlos pasar al aire libre, irse como palomas.»

*Ahora déjeme desempolvar unas cuartillas que el miedo, el estu-
por y la desolación me hicieron escribir hace ya doce años en mi
Zaragoza amada, cuando presencié lo que presencié y de lo que, sin
duda alguna, usted es el único responsable.*

*Mientras los demás celebran su literatura yo le acuso de aquello,
señor Cortázar.*

*Las tardes de los domingos se ahogan en lágrimas las cucarachas
de mi corazón. Las tardes de los domingos las paredes de mi cuarto
se humedecen con lágrimas. Las tardes de los domingos, y sobre todo
cuando llueve sin premura, apenas sin sonar el agua en los cristales,
no hay sitio donde pueda esconderme sin que la tristeza me muerda
los tobillos. En esas tardes de domingo tiemblan las verdades, agoni-
zan las conquistas, se despiertan las frustraciones, la realidad depo-
sita flores sobre la tumba de los sueños y el Transiberiano flota a la
deriva sobre el mar.*

*Porque en esas tardes de domingo la ciudad es una gran esfera
hueca a punto de agrietarse y de tragarse a todos nosotros, no me
sorprendió ver entrar por la ventana una bandada de peces de colores.*

Pude pensar que aquél no era su lugar, que habían equivocado su rumbo, que una noche cerrada y el ulular de los lobos los habían dirigido hasta mi cuarto, pero era tal la dulzura de sus ojos, tal la belleza de sus colores, tan grande la compasión con que me miraban y tan tétrica la forma de rodearme, que únicamente los contemplé inmóvil. Allí seguían ellos, los peces, nadando más que volando, sosteniéndose en el aire por un lento vaivén de sus aletas. También abrían sus diminutas bocas por donde salían burbujas que al llegar al techo se rompían.

Después de algún tiempo me levanté y me asomé a la ventana: miles de pequeños peces, iguales a los que ya conocía, surcaban León XIII y Paraíso. Encontré el resto de las persianas bajadas, todas las ventanas cerradas. Algunas personas corrían y gritaban apartando a los peces en su marcha; pero ahí seguían ellos, lentos, majestuosos, desplazándose con apenas perceptibles ondulaciones de sus cuerpos. No les inmutaba la lluvia ni la frialdad del viento besándoles los lomos. Allí seguían ellos, con sus inmensos ojos quietos, fijando la mirada en sitios cada vez más distantes, poniendo cada vez más expresión de tristeza, sintiéndonos cada vez más cerca, palpando con más viveza el momento de nuestro desmoronamiento: ellos sabían la fecha de nuestra muerte o el nombre de nuestro asesino. Pero allí seguían, surcando las ramas sin hojas de ese otoño tan largo, colgados de los hilos de los teléfonos, apenas moviéndose, desafiándonos a pensar si ellos habían salido del mar o, por el contrario, la ciudad y nosotros nos habíamos hundido en el agua. De su silencio y su multitud emergía el insondable misterio que acompaña a los muertos hasta la frialdad de la tierra. Sus continuos vaivenes eran preguntas que jamás tendrían respuesta.

Unicamente el miedo tenía sentido. Un miedo ancestral, acumulado durante muchas generaciones, flotando de ventanas para adentro, empapando hasta esos mínimos objetos que nos obligamos a tocar en estas tardes de lluvia para recordarnos que todavía estamos vivos, lanzando el recuerdo a días donde la lucidez parecía manifiesta. Y aun con todo, tampoco era la lucidez el asa que pedían nuestras desvencijadas mentes.

Queríamos, como siempre, la respuesta elemental y lógica, algo semejante a que una explosión atómica había desecado el mar Caspio y los peces habían huido por el camino de las mínimas resistencias ofrecidas por las isobaras. Pero sabíamos que aquella respuesta no nos sería dada, y si nos era dada no sería cierta. En el fondo de todos nosotros latía la convicción de que aquellos diminutos peces de mirada

húmeda, transparente y lejana eran una verdad incuestionable que tenían su origen en la esperanza y la tristeza.

Seguía lloviendo sobre la ciudad y sobre nuestros corazones. El agua sobre el asfalto formaba pequeños surtidores que morían en un instante. Una capita de musgo hacía resbalar la seguridad que sobre nosotros mismos queríamos depositar.

Se acercaba la noche y los peces iban perdiendo el colorido que la plomiza tarde arrancaba de sus lomos. Una parda uniformidad los cubrió derramando sobre las calles un estremecimiento distante y sobrecogedor. Ningún sonido vino a calmar la ansiedad que crecía en nosotros viendo acercarse la noche más larga de nuestras vidas. Cada cual nos arrinconamos rodeados de nuestros sueños ante una muerte misteriosa y próxima. Sabíamos que fuera estaban ellos: los peces, pero no nos atrevíamos a movernos. Eramos incapaces de explicarnos un hecho que había alterado el pensamiento y la lógica heredados de muchos siglos, y tal vez esa fuese la razón del miedo.

Nos contemplábamos en aquella oscuridad y aquel silencio diminutos, acurrucados ante una realidad incuestionable.

Un ruido seco, como un latigazo en el vacío nos hizo incorporar y precipitarnos ante las rendijas de las persianas. Nos esforzamos por distinguir alguna señal en la calle que justificase aquel sonido, pero no pudimos ver nada, la oscuridad era total. Sabíamos que todos tratábamos de deshojar nuestro aislamiento tras las cortinas intentando distinguir, aunque sólo fuese una pequeña luz, un diminuto resplandor que convirtiese aquel abismo en un ensayo general únicamente. Nos fue imposible.

Pasaron lentas las horas acumulando cansancio y derrumbamiento sobre nuestros cuerpos destrozados. Comprendimos que las noches, cuando se está solo, son largas, casi eternas, sin esquinas, unas fauces que todo lo devoran. Palpamos el latido de la sangre en las sienes y el sudor resbalando por el cuerpo. No nos consolaba saber que a tres pasos, en la oscuridad, estaba el sillón y algo más allá la mesa, y que esto que tocábamos era la alfombra; no nos servía de nada comprobar nuestro dominio sobre la cotidianeidad porque aquella situación rebasaba lo cotidiano hasta casi el ridículo. Pero a la vez nada más lejano del ridículo que ese miedo como murciélagos revoloteando la noche y posándose en las cuevas de nuestras arruinadas mentes.

Lentamente el día fue llegando. No podíamos distinguir bien entre las rendijas, pero parecía que todo era normal. Aún no había gente en la calle, Pedro María Ric y las Damas estaban desiertas. Los peces habían desaparecido. Aquel latigazo fue su partida. Amaneció un lunes

nublado. Abrí el portal y sin sentido me eché a andar León XIII abajo. A la altura de Madre Vedruna, al cruzarme con alguien rehuimos mirarnos. Estábamos poseídos por el hastío, la vergüenza y el misterio.

Al final de aquel párrafo, señor Cortázar, el que los peces leyeron, usted apostilló: «Una esperanza idiota. Claro». Andese con ojo, las esperanzas idiotas conducen a lo que acabo de relatarle.

IGNACIO COBETA

Parque Nueva Zelanda
Isla Cristina, 6, 3.º dcha.
MADRID